

vasi y Chitraleka, que bajan invisibles y se encaminan al pabellon de diamantes, en que Pururava está entregado á los delirios de su fantasia.

URVASI. ¿Á qué ocultarme mas? avancemos. ¡Ay de mí! ni una sola mirada me dirige.

CHITRALEKA. En vuestra impaciencia olvidásteis levantar el velo que os roba á sus ojos.

VOCES DENTRO. Por aquí debe ir vuestra majestad.

MANAVA. La reina viene: silencio.

URVASI. ¿Qué haré? (*Echándose en brazos de Chitraleka.*)

CHITRALEKA. Permanecer invisible y escuchar.

En medio de muchas doncellas vestidas de blanco y con guirnaldas también blancas, entra la reina, que, posponiendo los celos al amor, renuncia á su esposo, y viene á afirmar su voto con el sacrificio. Pururava, al verla tan bella y á la par tan infeliz y resignada, siente reanimarse su antigua llama, y la misma Urvasi, que observa desde la nube, confiesa que la esposa del rey no le cede en hermosura y majestad. Entretanto Osinari manifiesta al monarca que había hecho voto de castidad y de penitencia, y añade: «Sagrado astro que desplegas en la noche tus banderas de fuego, sé testigo de la promesa que hago á mi esposo. Cualquiera que sea la ninfa que ha obtenido su amor, si él la juzga digna de su cariño, yo desde este instante la trataré con cortesía y la miraré como hermana.»

URVASI. ¡Oh exceso de contento! ¡Cómo me consuelan sus palabras!

MANAVA. ¡Oh mujer verdaderamente buena! ¡Oh mujer ejemplar, que conoce su deber! Por desgracia el Cielo forma pocas que se le parezcan.

Pururava, enternecido con esta demostracion de afecto, vuelve á sentir amor hácia ella, la anima, y le suplica que revoque su voto; pero Osinari persiste, y sale bendiciéndole. Mientras el rey renueva los apóstrofes á la luna, Urvasi se le acerca, arrojándole el velo sobre la cabeza y cubriéndole los ojos con las manos.

PURURAVA. ¿Quién puede ser esta, sino Urvasi? ¿qué otra mano despertaría en mí tanta conmocion? ¿qué roce me sumiría en éxtasis tan suave? Mi corazón se dilata al acercarse á ella, como los flores que se abren al suave rayo de la luna. Te conozco, te conozco. Urvasi. Alegria y victoria para el rey.

PURURAVA. Salud, fulgida ninfa del cielo!

CHITRALEKA. ¡Toda clase de felicidades disfrute el rey!

PURURAVA. Todas las experimento, desde que poseo á Urvasi.

URVASI. — ¡Oh rey! tú eres mío, por los dioses invocados en el solemne juramento de la reina. Pururava, tú eres mío. Responde: ¿no es así?

La dicha de los dos amantes ha llegado al colmo, y la aumenta aun el pensamiento de los pasados disgustos.

MANAVA. ¡Gracias sean dadas á los dioses! El matrimonio está celebrado, y aunque falta el ceremonial, espero que dos ó tres banquetes reemplazarán al de las nupcias, que no se hizo. Sea con vosotros cortés vuestra majestad; así todos sus deseos logren verse satisfechos!

PURURAVA. Sí, toco al último punto de mis deseos. El inmenso pabellon que cubre el mundo, el trono con las gradas llenas de piedras preciosas arrancadas de la frente de los reyes vencidos, me parecerían menos gloriosos que la felicidad de ejecutar lo que Urvasi apetece y de ser su esclavo.

En el acto IV, mas lírico y fantástico que los otros, mientras los dos felices amantes pasean por la orilla del río, una ninfa del aire llama la atención del príncipe, y despierta los celos de Urbasi, la cual, rechazando al rey, se refugia en la selva. Pero un decreto celeste prohibía á las mujeres entrar en los bosques de Kartukya; y Urvasi, cegada por la pasión, entra. Apenas ha puesto el pié en ellos, se transforma en una cepa, que hasta imita con sus flexibles ramas la elegante esbeltez de la ninfa. El rey se empeña en buscarla; pero está decretado que no la ha de encontrar hasta que posea el sagrado diamante cubierto de púrpura por el divino pié de Guri, el rubí, símbolo de la reconciliación. Anda errante por todas partes, y el aire que gime entre las hojas, el cisne que hiende lentamente las aguas, el elefante que solitario atraviesa la selva, la nube que se sostiene en el aire, todo le parece que participa de su dolor, á todo invoca simpatía, á todo da vida. De repente hiere sus ojos un rayo de luz rosada que sale de una roca; es una piedra preciosa que se cubre de púrpura expuesta al sol; y una voz en el aire dice: «Hijo mío, recibe ese rubí, al cual el roce del pié de una diosa ha infundido virtud soberana. Tómalo, y ojalá te sea devuelta la mujer que consuele el dolor de su señor y amigo.»

PURURAVA (*coge la piedra*). ¿De dónde procede esta nueva conmocion? ¿Por qué el corazón me palpita si fijo la mirada en aquella cepa desprovista de hojas é infecunda? Ni un solo retoño la hermosea, la lluvia la ha destruido; de sus áridas ramas brotan unas cuantas gotas, como lágrimas suspendidas; á su alrededor no vuelvan las abejas, todo es quietud allí y dolor. Está escualida como Urvasi, que también en la soledad desahoga ahora sin duda su despecho y su cólera. ¡Estreche yo á lo menos contra el pecho esta imágen demasiado fiel de la ninfa que perdí!

Apénas toca la cepa, cuando se convierte en Urvasi, la cual exclama: «¡Gloria al rey! ¡Gloria y perdón! ¡Qué pálido y descarnado estáis! ¿Por qué semejante cambio? ¿Acaso soy yo la causa?»

Pururava la consuela con sus caricias, y la

exhorta á seguirle inmediatamente á su ciudad de Pratistana.

URVASI. Sí, apresurémonos; la ciudad llora á su rey perdido, y yo soy la causa de tal desventura. Soportaré la cólera y las injurias del pueblo.

PURURAVA. Partamos; en el seno de aquella nube atravesaremos pronto el camino. En torno de ella ondean, á guisa de banderolas, los relámpagos, y nos forma pabellon el arco vaporoso y luciente, cuyos colores hace Indra irradiar en el cielo.

En el acto V los encontramos en el palacio de Pururava; pero el fatal rubí fué arrebatado por un buitre mientras el rey lo había dejado al ir á hacer las abluciones con las dos reinas. Grita el pueblo: «¡El rubí, el rubí!» Pururava pide el arco y las saetas; pero el raptor desaparece. Sin embargo, á poco un esclavo trae una flecha, en la cual está clavada una hoja que sostiene la piedra preciosa; léese allí: «Flecha de Ayus, hijo de Urvasi y Pururava.»

PURURAVA. ¿Mi hijo? ¿Sería, pues, padre? ¿Cómo es posible? Jamas me he separado de mi querida Urvasi, sino en el tiempo del gran sacrificio, y nunca he notado en ella el menor cambio; solo un día la vi decaída, con los ojos abatidos y la fisonomía fatigada.

MANAVA. Pero ¿os parece que las ninfas celestes deban someterse á los mismos trabajos de las mortales? Ellas paren sin que se sospeche; saben borrar toda huella de terrena fragilidad.

En este momento entra la devota Tapasi, conduciendo un niño con el arco, y dice al rey que es Ayus, y que Urvasi por secretas razones le ha tenido oculto; pero que, habiéndose distinguido con tan buen golpe, justo parece que viva entre los hombres, y deje la soledad de Tapasi. El niño se sienta en las gradas del trono; pero, en vez de admirar las grandezas adquiridas, echa de menos la soledad que ha perdido y los encantos de su pavon favorito. Urvasi llora, sin poder reprimir sus lágrimas; admirado el rey, le pregunta la causa, y ella responde: «Me embriagaba tal gozo al contemplar á mi hijo que olvidé el fatal decreto, por el cual estoy condenada á volver al cielo en cuanto vea al fruto de nuestro amor. Temía ese momento, que ya ha llegado; por eso le confié á la prudente Tapasi. ¡Ay de mí! ahora partiré, y pronto el rey me habrá olvidado.»

Pero el monarca sufre terriblemente con la separacion, y prefiere las soledades de las cimas del Himalaya, donde persigue á los gamos salvajes ó á los demonios raptos de mujeres hermosas. Solo que Nareda, descendiendo en medio de aquella escena de aislamiento, trae el mensaje de los dioses que perdonan á Urvasi, y levantan su destierro, prometiéndole felicidad y á Pururava que la conservará eternamente. Entónces los cantos de poetas mortales se mezclan con los acentos de los asparas ce-

lestes, á fin de celebrar á Ayus, introducido en la real familia.

§ 2. DRAMAS CHINOS.

Voltaire decía que *El Huérfano de la China* «es un monumento precioso para dar á conocer la índole de la China, mas que ninguna relacion escrita ó que se escribiere acerca de aquel vasto imperio.» Parecerá, pues, conveniente dar una idea de este drama, el cual, aunque conocido en Europa, hace mucho tiempo, por los mas, lo es solo desfigurado por Voltaire en el *Huérano de la China*, y peor aun por Metastasio en el *Héroe chino*.

El argumento está sacado de la historia de Sse-ma-tsian, que en 607 ántes de J. C. refiere lo que sigue:

«Cruelmente reinaba Ling-Kong, el cual ordenó á Tsuni que asesinase á Chao-tun, su ministro. Tsuni encuentra á Chao-tun dormido, y en el acto de herirle piensa: — Será un delito inmolar á tan virtuoso ministro; será un delito no ejecutar la orden del rey. — Para librarse del apuro, se suicidó; el ministro huyó. Después Ling-Kong fué muerto y verificadas muchas otras revoluciones, Tu-gan-Ku, sin aguardar las órdenes del emperador, atacó á la familia de Chao, mató á Chao-so y á los tres hermanos de Chao-tun, y exterminó su parentela. La mujer de Chao-so, hermana del difunto rey Ling-Kong, estaba en cinta, y parió un hijo, que fué salvado por dos fieles servidores de su casa. Uno de estos, llamado Tsing-ing, ofreció entregar al huérfano, y por mil onzas de plata indicó el punto que le servía de asilo. El otro que tenía consigo al falso huérfano, viéndose perseguido, le estrechaba contra su seno y exclamaba: — ¡Oh! ¿qué delito ha podido cometer el huérfano de Chao? Matadme á mí, os lo suplico, y dejadle á él la vida. — Los verdugos mataron á él y al niño; pero el verdadero huérfano estaba oculto junto á Tsing-ing.»

«Hallándose el rey enfermo, le hicieron entender que el Cielo le castigaba por su injusto modo de proceder contra la familia de Chao. Trató de averiguar si quedaba algun vástago de ella, y noticioso de que vivía un huérfano, le llamó, le reconoció por heredero de la familia de Chao, y le restableció en el goce de sus derechos bajo el nombre de Chao-wu. Entónces Tsing-ing, satisfecho del feliz éxito de sus cuidados, resolvió poner fin á sus días, para ir al otro mundo á anunciar á Chao-tun el suceso. Chao-wu se empeñó en disuadirle de ello, y Tsing-ing le contestó: «Chao-tun y Kung-sun me creyeron capaz de restableceros en el goce de vuestros derechos y por eso quisieron morir ántes; si yo no 'es anuncio el cumplimiento de sus deseos, crearán que no he ejecutado mi designio.» — En seguida se mató.»

Sobre este hecho se desenvuelve el drama de que hablamos.

En el prólogo, los personajes se dan á conocer por sí mismos. « El hombre no piensa en hacer mal al tigre; pero el tigre piensa siempre en hacer mal al hombre. El que no se contenta á tiempo, se arrepiente. Yo soy Tu-gan-Cu, primer ministro de la guerra en el reino de Tsing. El rey Ling-Kong, mi señor, tenía dos hombres de toda su confianza. Chao-tun para gobernar al pueblo, y yo para atender al ejército. Nuestros puestos nos enemistaron: yo deseé siempre arruinar á Chao, pero no pude conseguirlo. Chao-so, hijo de Tun, se había casado con la hija del rey: yo envié un asesino que le diese muerte; pero este cayó y se mató. Un día Chao-tun, habiendo salido para excitar á los agricultores al trabajo, encontró debajo de un morral á un hombre medio muerto de hambre; le dió de beber y de comer, y le salvó la vida. »

Continúa de este modo refiriendo los sucesos anteriores, de los cuales aparece que Tu-gan-Ku logró hacer perecer al otro con trescientos de su familia, no quedando mas que el hijo de Chao-so. Se había casado con la hija del rey, y el ministro falsifica un decreto real de muerte; al verlo, se mata Chao-so, despues de recomendar á su mujer embarazada, que si pare un varon, le ponga por nombre Chao-chiku-cul, el huérfano de la familia Chao, con objeto de que vengue á sus padres cuando crezca.

ACTO I.

La mujer, presa en palacio, da á luz un niño, y el ministro Tu-an-cu manda al general Kan-Kiué que custodie el palacio atentísimamente, advirtiéndole, que si deja extraer de él á la criatura, será exterminada su parentela hasta el noveno grado. Chin-ing, médico al servicio de Chao-so, que ha conseguido librarse de la proscripción, se introduce en el cuarto de la princesa, la cual le hace prometer que sacará del palacio al niño: segura de esto se mata. El general de guardia, detestando al ministro, compadece á las víctimas; y cuando el médico sale, le pregunta: « ¿Qué llevas en esa papeleta? »

EL MÉDICO. Yerbas medicinales.

EL GENERAL. ¿Y ninguna otra cosa oculta?

EL MÉDICO. Ninguna otra.

EL GENERAL. Puedes, pues, pasar. (Ching-ing pasa corriendo, y Kan-Kiué le llama.) Vuelve aquí: ¿qué hay en esa caja?

EL MÉDICO. Nada mas que yerbas medicinales.

EL GENERAL. ¿No habrá algun tapadizo?

EL MÉDICO. Ninguno absolutamente.

EL GENERAL. Véte, pues. (Ching-ing sale con la misma prisa, y Kan-Kiué le llama de nuevo.) Aquí hay gato encerrado. Cuando te digo véte, vuelas como flecha disparada; cuando

te digo vuelve, pareces un gusano que se arrastra sobre una alfombra de lana. Responde, Ching-ing; ¿crees que no te conozco? Eres un antiguo huésped de la casa de Chao-tun. Yo estoy al servicio de Tu-gan-ku. Comprendo perfectamente que tú has ocultado al hijo de Ki-lin, el cual no ha cumplido todavía un mes.... Creo que has recibido grandes favores de la familia de Chao.

EL MÉDICO. Todo el que ha recibido beneficios debe pagarlos con otros.

Al llegar aquí el médico confía todo al general, y este exclama: « Si yo llevase á Tu-gan-ku el niño, sería colmado de riquezas y honores; pero Kan-Kiué es famoso no ménos por su generosidad que por su valor, y jamas descenderá á tal infamia.... Ching-ing, llévate ese niño; si Tu-gan-ku me interroga, hablaré por ti.

EL MÉDICO. Gracias, general.

Toma la caja, luego vuelve y se echa á los piés de Kan-Kiué, el cual le exhorta á partir: parte, en efecto, pero vuelve.

EL GENERAL. ¿Por qué vuelves aun? ¿Cómo? ¿Te atreves á recelar que haya en esto alguna impostura? ¿Dudas de mi lealtad?

EL MÉDICO. General, si salgo de palacio, y váis á denunciarme, es mil veces posible que este huérfano sea degollado. Pues bien, general: detened á Ching-ing; id á encarecer vuestros servicios y exigir el precio de ellos. En cuanto á mí, me juzgaré feliz pereciendo con el huérfano de la casa de Chao.

EL GENERAL. Tú puedes salvarte, y sin embargo muestras siempre vacilacion y desconfianza. Quieres conservar el gérmen de la estirpe de Chao: ahora bien, tambien yo quiero mostrar nobleza, dejar mi ejemplo á todo el ejército, y rivalizar contigo en heroísmo y grandeza. Tú eres un fiel servidor; yo quiero conservarme fiel á mí mismo. Vé pronto; depon el temor; si me preguntan la verdad, no consentiré nunca en venderte. Pero ese monstruo pudiera por medio de tormentos arrancarme el secreto; pues bien, me mataré. Vela de dia y de noche sobre este huérfano; ten con él un asiduo cuidado. ¡Ojalá que haga revivir la casa de Chao! Y cuando haya eruido, refiérole todos los acontecimientos, enséñale á vengar á sus padres, y que no olvide lo que he hecho por él.

Dicho esto, se mató. Acerca de estos frecuentes suicidios, véase lo que queda expuesto en el tomo II de la NARRACION. He trascrito toda esta escena porque me parece artificiosísima. Daré ahora el resto en compendio.

En el acto II, el ministro, noticioso de la muerte de la princesa y del general, sospecha que el niño ha sido extraído de palacio, y finge una orden del emperador, mandando presentar todos los niños de uno á seis meses: inmolándolos á todos, confía en que el huérfano sucumbirá tambien.

El anciano Kun-sun-chu-Kien, que habia dejado el servicio del rey y vivía en el campo, donde deploraba los males causados por el

perverso ministro, recibe de manos del médico al huérfano para custodiarlo, y en su lugar propone el mismo médico entregarse con su hijo. Pero el pastor, calculando por los años que cuenta, ve que no le bastan los que pueda aun vivir para criar al niño é instruirle en los medios de vengarse; de consiguiente, se ofrece á morir con el hijo del médico, el cual se presentará como denunciador.

En el acto III, el médico se presenta al ministro fingiéndose espía; Tu-gan-ku corre á casa del anciano, é insiste para que le entregue al huérfano; el pastor niega, es azotado y resiste, hasta que por último un soldado encuentra un niño (el del médico) que el ministro degüella. « ¡Malvado! le grita el anciano, ¡mira al cielo; hay una Providencia! » y precipitándose de una escalera, queda muerto.

El ministro recompensa al médico, adopta á su supuesto hijo, que es cabalmente el huérfano, y quiere que el padre habite con él en palacio.

ACTO IV.

Al cabo de veinte años el huérfano (que en el acto I habia sido llevado en una caja) hace papel en la corte, desempeña cargos insignes, y estudia bajo la direccion de Ching-ing, su padre putativo. Cuando este cree que es tiempo de revelarle su verdadero origen, deja sobre el escritorio una pintura, que representa los hechos antecedentes de la casa de Chao. Artificiosa es en verdad aquella escena. Al exponerle el médico cómo el huérfano habia sido salvado por uno de su profesion, llamado Ching-ing, el jóven le interrumpe preguntándole: « ¿Sois vos, oh padre? »

« Muchos tienen el mismo nombre, » responde Ching-ing; en seguida continúa y acaba en estos términos: « Hace veinte años que se realizaron estos acontecimientos; el huérfano toca ahora á esa edad, y si no puede vengar la muerte de sus padres, ¿para qué sirve? » Y canta: « Tiene estatura elevada, su rostro respira imponente majestad, es señalado en las letras y en el arte de la guerra: ¿á qué aguarda para obrar? Toda su familia fué exterminada sin distincion de grado; su madre se ahorcó en un palacio aislado; su padre se traspasó el pecho en el sitio del suplicio, y estas mortales injurias permanecen impunes. En vano aquel hijo pasa en el mundo por un héroe. »

EL HUÉRFANO. Me habláis hace un rato, y sin embargo vuestro hijo nada comprende de esa relacion.

CHING-ING. ¿Cómo? ¿Nada comprendes? Oye pues. El hombre vestido de encarnado es el infame ministro Tu-gan-ku: Chao-so es tu padre y tu madre la reina. Te he referido desde el principio al fin esta lúgubre historia. Si aun no la comprendes toda, concluiré diciéndote, que yo soy el anciano Ching-ing que sacrificué mi

hijo para salvar al huérfano, y que tu eres el huérfano de la familia Chao. »

ACTO V.

Habiendo obtenido una orden del emperador, el huérfano, resuelto á vengar á sus padres, prende á Tu-gan-ku, el cual es condenado á morir en castigo de sus maldades. El emperador permite al huérfano que lleve de nuevo su nombre de familia y que herede la dignidad de su padre; tributa á Tsing-ing honores póstumos, eleva un sepulcro al venerable Kung-sun y recompensa á Ching-ing.

El Heredero en la vejez versa sobre el disgusto de no tener hijos, uno de los mayores en China, por el temor de quedarse sin exequias.

Los personajes de este drama pertenecen á una familia de la clase média de la sociedad; son un viejo rico, su mujer, su concubina, su sobrino, su hija y su yerno. El viejo negociante Lieu-tsong, no teniendo un varon que pueda constituir la felicidad del resto de sus dias, ni hacer las oblaciones rituales sobre su tumba, toma una concubina, que desde el principio del drama se dice estar en cinta. Para obtener del Cielo un hijo varon, sacrifica algunas sumas de dinero que le deben, quemando los quirógrafos de los deudores. En seguida encarga el cuidado de sus negocios á su mujer y á su hija casada, y da al sobrino, que era maltratado en casa por su esposa, doscientas monedas de plata, para que se vaya á buscar fortuna donde mejor le agrade. Adoptadas estas disposiciones, el viejo se marcha al campo recomendando á la benevolencia de los parientes la madre del anhelado hijo. El buen viejo está dominado por su mujer, de carácter díscolo é intrigante; así, queriendo recomendarle que trate humanamente á la concubina, y no atreviéndose, emplea las maneras mas cómicas.

LIEU-TSONG. Tengo que decirte una palabra, mujer mia. ¿Puedo arriesgarme á ello?

LA ESPOSA. Di pronto.

LIEU-TSONG. ¡Ah! ¡con qué impaciencia aguardaré de ti una carta de felicitacion! Liao-mei está en cinta. Dé á luz un varon ó una hembra, su parto será propiedad tuya; entónces podrás recabar un salario de sus servicios, ó venderla como mejor te plazca. Queda á tu arbitrio.

LA ESPOSA. Bien dicho, marido mio.

LIEU-TSONG. Mujer mia....

LA ESPOSA. ¿Que se os ofrece?

LIEU-TSONG. Esta jóven Liao-mei te ha dado algunas incomodidades, y temo no siga importunándote. Cuando merezca castigo, dásele por amor á mí; no te contentes con reñirla....

Y concluye suplicándola que le dé un trato mas humano. Entónces el yerno confiesa á su mujer la ira que le causa la preñez de la concubina, porque, si nace una hembra, perderán ambos la mitad de los bienes que de otro modo

les tocarían, y si un varón, todos. Su mujer le tranquiliza diciéndole que es fácil deshacerse de la concubina, y luego persuadir al viejo de que ha huido. Mientras este, sumido en la mayor ansiedad, espera el éxito del parto, su familia va á consolarle por haberle salido fallidas sus esperanzas. Al oír el viejo que ha desaparecido la concubina, se entrega al mas vivo dolor; temiendo que su antigua codicia le haya proporcionado aquel infortunio, resuelve ayunar siete dias y distribuir públicamente limosnas en un templo vecino. Los mendigos encarecen sus miserias; pero el que mas conmueve al viejo, es uno que dice: « Desgraciado del que no tiene hijos. » Entre los mendigos, encuentra al sobrino que disipó las doscientas monedas, y cubierto de harapos se ve obligado á buscar un asilo junto á un horno de vasijas de barro. El infeliz jóven es insultado por el yerno; mas el tío, movido á compasion, despues de haber hecho alejar de allí á su mujer, fingiendo que quiere reprenderle, le da algun dinero, y le aconseja que visite la tumba de sus abuelos en la próxima primavera, asegurándole que el exacto cumplimiento de este deber le proporcionará fortuna. Su mujer, cuando vuelve, le dice: « ¿Cómo? ¿lloráis? »

LIEU-TSONG. ¿He llorado alguna vez?

LA ESPOSA. Corren lágrimas de vuestros ojos.

LIEU-TSONG. ¡Ay de mí! á mi edad ¿cómo no han de estar húmedos?

Todo el drama gira sobre la importancia dada á las ceremonias fúnebres. El sobrino mendigo, en el tiempo indicado, se dirige al sitio consagrado á la sepultura de los individuos de su familia; cantando se habia proporcionado algunos pedacitos de papel dorado, un pan y média taza de vino; habia pedido prestado un azadon, y una vez junto á las tumbas, quema el papel, limpia la tierra de yerbecillas, hace las obla-ciones del pan y del vino, é implora la proteccion de sus abuelos. Mientras él parte, entran el viejo y su mujer, indignados ambos de que la hija y el yerno no hayan ido á llevar las acostumbradas ofrendas y al ver que el sobrino los ha precedido. Los dos esposos empiezan un triste diálogo sobre su infeliz suerte, la cual no les permite dejar heredero de su nombre que cumpla con ellos los honores fúnebres. En esto aparece el sobrino; Lieu finge quererle reprender porque no ha tributado á sus abuelos honras mas decorosas; pero su misma mujer dice: « Es pobre, no ha podido hacer mas; » y se arrepiente de haberle tratado con tal dureza. Sigue la reconciliacion, y el sobrino es recibido en casa. Cuando llegan despues el yerno y la hija con un boato impropio, seguidos de numeroso acompañamiento, oyen al viejo y su mujer dirigirles amargas reprensiones tocante á su piedad tardía; y la última, quitando á su hija la llave, señal de propiedad, la da al sobrino y prohíbe al yerno de su esposa que se les vuelvan á presentar delante. Sin embargo,

en el cumpleaños del viejo solicitan y obtienen permiso para ofrecerle sus obsequios. ¿Cuál es la admiracion de este al ver que su hija le trae á la extraviada concubina y á su hijo! En el exceso de su alegría, el viejo divide sus bienes en tres partes iguales, la de la hija, la del sobrino y la del hijo. El drama concluye con la manifestacion de júbilo y gratitud de todos los individuos de la familia, porque su venerable jefe habia conseguido un heredero en la vejez.

Esta comedia tiene cinco actos, como los demas dramas de la coleccion de que forma parte. Los acontecimientos se suceden con tanta naturalidad que nadie advertiria que han pasado tres años desde el principio de la accion, á no revelarlo la edad del niño que es traído á la escena en el último acto.

Los afanes de Han, ó propiamente *El otoño en el palacio de Han*, puede llamarse tragedia, si bien esta no forma un género distinto entre los Chinos. El argumento está sacado de aquella época de los anales chinos en que los emperadores, para contener los ataques de los Tártaros, se veían obligados á darles en matrimonio á sus propias hijas; y en las ideas chinas es un mal gravísimo salir de debajo del cielo, esto es, abandonar el sagrado territorio del imperio. La tragedia principia con el siguiente monólogo pronunciado por el kan de los Tártaros, que en esta ocasion hace las veces de prólogo.

« El viento de otoño sopla impetuoso al traves de la yerba, entre nuestras tiendas de feltro; y la luna que brilla por la noche sobre nuestras cabañas, oye los gemidos de la flébil caña. Dirijámonos al Sur, aproximándonos á la frontera para solicitar una alianza con la imperial familia. He enviado ayer un embajador con presentes, encargado de pedir una princesa en matrimonio; pero no sé si el emperador aceptará el pacto. La hermosa estacion ha convidado á nuestros jefes á emprender una cacería en los desiertos arenosos. ¡La suerte les sea favorable! pues que nosotros los Tártaros no poseemos campos: los arcos y las flechas son nuestros bienes. » (Vase.)

Preséntase en seguida el ministro favorito del emperador, que en otro monólogo da á conocer el modo de gobierno que su señor tiene; dejándose inducir á despreciar los consejos de los sabios y á buscar los placeres en la compañía de las damas de su palacio. Entra en aquel momento el emperador, que le da el encargo de reunir en todas las provincias del imperio las jóvenes mas hermosas y enviarle sus retratos para elegir entre ellas. El ministro parte, y abusa del mandato sacando sumas de dinero á aquellos á quienes lisonjeaba de que estrecharían vínculos de parentesco con el soberano. Ve por último á la jóven Tsiao-Kun, superior en hermosura á todas las demas, pero hija de un pobre agricultor, que no puede saciar la codicia del ministro. Este, en venganza, envia al emperador un retrato muy disfigurado de la

Jóven; mas da la casualidad de que el mismo emperador logra verla en el jardín, y sorprendido de tanta belleza, conoce al momento que el favorito le ha engañado: « Custodio de la puerta amarilla (dice), tráenos aquel retrato, para poderle contemplar. (Mira el retrato.) ¡Ah! ¡cómo ha oscurecido la puerza de esta joya, que brilla como la ola en otoño! (Al servidor de palacio.) Decid al oficial de guardia que es nuestra voluntad que corte la cabeza á Mao-yen-chen, y venga á darnos parte de su muerte. »

Pero el traidor huye, y llega sano y salvo al campamento de los Tártaros. Allí, mostrando al kan un retrato parecido de la hija del agricultor, le persuade con artificiosa maldad á pedirla al emperador. Envia el kan un mensajero al monarca chino, amenazándole que invadirá sus Estados si se la niega. El emperador, cada vez mas enamorado, no sabe qué partido tomar; pero sus consejeros, disgustados de verle pensativo y distraído de los negocios, le estimulan tanto á no ceder á la pasion y á velar mas bien por la salvacion del imperio que el infeliz monarca cumple el sacrificio. Acompaña durante un trozo de camino á la que habia elevado ya á la categoría de princesa, y al fin la deja, destrozando el pecho de ambos aquella separacion. Es una escena de sumo interes, las palabras del emperador están llenas de pasion, las de ella son nobles: « Hoy en el palacio de los Han, mañana esposa de un Bárbaro! » y llora al pensar en la cortesía que deja atras, y en los hermosos vestidos que no le adornarán á los ojos de los hombres. La catástrofe se aproxima. El Tártaro se retira con su presa, y llega á las orillas del río Amur ó Saghalien, que desemboca en el mar de Okhotsk.

LA PRINCESA. ¿En qué lugar estamos?

EL KAN. En las orillas del río del Dragon-negro (1), que separa nuestro territorio del de la China; la meridional forma el confin del imperio; en la septentrional empiezan nuestros dominios.

LA PRINCESA (kal an.) Gran rey, con una copa de vino quiero hacer libacion vuelta al Sur, y dar el último adios al emperador... (Hace la libacion.) Soberano de Han, esta vida concluyó; te aguardo en la otra!

Así diciendo, se arroja en el río y perece.

Aquí pudiera terminar la tragedia. El kan, sumamente triste, eleva en las orillas del río una tumba á la infortunada princesa. Mas generoso que lo que era de esperar, desiste de toda pretension contra el emperador, y le hace saber que le entregará al autor de tantas desgra-

(1) Los Chinos han traducido así el nombre tártaro Saghalienula, río del agua negra. En lo que se advierte una nueva semejanza entre la mitología china y la griega.

πυρός
Δράκοντι ἀναβλέποντα φονίαν ὠλδγα.
El dragon chino es, en efecto, una hidra de una sola cabeza, y en la cola ondeante del monstruo, y en el curso serpentina de los ríos, se nota el origen comun de las hidras de la China y de la Grecia.

cias, para que reciba el castigo que merecen su traicion y su perfidia.

Sigue otro acto: el monarca chino se adormece, y en sueños ve á la princesa que viene á anunciarle su destino: « Entregada como una prisionera para apaciguar á los Bárbaros, querían llevarme á un país boreal; pero yo aproveché la ocasion de librarme de ellos. ¿No es este el emperador, mi señor? El Cielo me restituye á sus brazos. » Pero la sombra de un guerrero tártaro, que se presenta en el mismo instante, la hace desaparecer, y destruye de este modo el dulce sueño del emperador. Este se despierta, oye el grito de una oca salvaje, emblema de los amantes separados, y continúa llorando la pérdida de la princesa. Concluye el drama con la llegada de un mensajero del kan de los Tártaros que reanuda la paz con el emperador, y abandona á Mao-yen-chen á su venganza.

Los Chinos consideran tan desgraciado al que deja la patria que el caso de Tsiao-kun sirvió de asunto á poetas y pintores; y la tradicion popular refiere, que la tumba de la infeliz jóven se cubre de verde todo el año en medio de las arenas, como si la fertilidad del país natal la siguiese, para consolar su sombra en el desierto.

Facilitado por el análisis el estudio de la lengua china, Estanislao Julien en Paris, y luego el señor Bazin, dieron á la Europa varios otros dramas y un conocimiento mas extenso de aquel teatro.

El mas gracioso de todos es el que se titula *Las intrigas de una camarera*, y que hemos analizado en la NARRACION, tomo I, pág. 809.

El círculo de greda se funda en un hecho semejante al conocido juicio de Salomon (1). El señor Ma tiene mujeres: una es estéril; la otra, llamada Hai-tang y poco honesta en su juventud, le parió un niño que va pronto á cumplir seis años. La primera, de acuerdo con el canceller Chao, su amante, envenena al esposo, y necesitando el título de madre para heredar, lleva consigo al niño diciendo que es suyo, acusa á Hai-tang del asesinato, y el juez, excitado por el canceller, la condena. Pero la sentencia debia ser revisada por el gobernador de la provincia, el cual, despues de oír á ambas partes, manda trazar un círculo con greda, y en el centro coloca al niño. Las dos mujeres habrán de tirar de él cada una por su lado: « y cuando la verdadera madre le haya cogido, le será fácil sacarle fuera del círculo, mientras que la falsa no lo conseguirá jamas. »

(1) Un fabulista antiguo cuenta que dos caballeros se disputaban la herencia de un baron, asegurando ambos que era su padre. Salomon, queriendo descubrir la verdad, manda que se desentierre el cadáver, y que los dos pretendientes, para mostrar cuál sea mas diestro en el uso de las armas, se lancen á galope, y lo traspasen con la lanza. El impostor no vacila pero el verdadero hijo no se atrevió á ejecutar el sacrilegio atentado.